

CAMPOAMOR, A LOS CUARENTA AÑOS (*)

A JOAQUÍN ENTRAMBASAGUAS

*¿Será posible que este ruido, como todos, no
tenga más destino que ir a parar al silencio?*

Campoamor: *Polémicas con la democracia*. Artículo XXVI.

Biografía de Campoamor

Ramón de Campoamor y Camposorio nació en Navia (Asturias), el 24 de setiembre de 1817. Estudió latín en la cercana Santa María de Puerto; Filosofía en Santiago, y, ya en Madrid, Lógica y Matemáticas, en el Colegio de Santo Tomás, y en el de San Carlos, Medicina. Más allá de la modestia económica, su simpatía personal resolvió esos años: vive ocho a condición de hijo con parientes de un condiscípulo, el futuro sainetero Narciso Serra. Estuvo a punto de ingresar en la Compañía de Jesús.

Comienza a publicar versos en 1837. Tono romántico. Los edita el Liceo Artístico de Madrid, tres años más tarde. Redactor de "El Español", periódico político, a raíz de la publicación de su "Historia crítica de las Cortes reformadoras". 1842: el primer volumen de las "Fábulas" y "Ayes del alma". En 1845 se adiestra en escribir doloras, que recoge en volumen al año siguiente. Su carrera política —pertenece al Partido Moderado— empieza a adquirir perfiles. Le nombran auxiliar del Consejo Real. A partir de 1847 es gobernador de Castellón, de Alicante, y, más tarde (1851-1854), de Valencia. Desde la segunda de estas poblaciones —donde contrajo matrimonio con Guillermina O'Gorman, de familia de irlandeses, católica devotísima, poseedora de más que excelentes cualidades y buena hacienda— escribía Campoamor a sus valedores políticos Cañete y

(*) Con este febrero de 1941 se han cumplido los cuarenta años de la muerte de Campoamor, el poeta español más execrado por las actuales generaciones. En visperas de aparecer una nueva antología de sus versos, nos parece interesante conmemorar aquella fecha incluyendo aquí el estudio preliminar que va a acompañarla.

el conde de San Luis curiosas cartas, buen ejemplo de su agilidad para una adulación amistosa y digna (1). El ser hombre ponderado, sin excesiva ambición, fiel a sus jefes, de agradable presencia, amante del discutir ingenioso —al cabo, sofismas de escéptico—, tan de acuerdo con su plática, que cautivaba siempre (2), tráele medros hasta el fin de la vida. Diputado desde 1850 —“por Romero Robledo”, solía él confesar, como provincia—, oficial primero de la Subsecretaría de Hacienda, Director general de Beneficencia y Sanidad, Consejero de Estado... Perteneció a la Real Academia de la Lengua desde 1861. Fué senador en los últimos años de su vida, tras haber fracasado una primera propuesta (3).

Querido y admirado, en España e Hispanoamérica sucedíanse las ediciones de sus libros, y el éxito de Prensa le acompañó hasta última hora. *Clarín* dijo repetidas veces era “uno de los hombres más listos de España”, y la Pardo Bazán, quien representaba exageradamente nuevos módulos, escribió de él una biografía crítica tranquilizadora (4). Intentaron coronarlo poeta (5), a lo que se opuso con tozudez. Quizá por temor a una emoción fuerte: vivía entre minuciosas vigilancias. “Quiero ver lo que dura un hombre bien cuidado” respondía a cuantos extrañaban su pánico a morir. Ello sucedió el 12 de febrero de 1901 (6).

Su ética

El XIX fué un siglo escéptico. La herencia enciclopedista, realizada por la Revolución francesa y dilapidada por Napoleón, tiene fuerza tal, que quienes combaten a éste con las armas, elaboran sistemas políticos —juntas de defensa, de momento— con que atajarlo: patrióticamente, en socorro de la propia independencia, derivan hasta la ideología que su invasor quería imponer. Cuando lo derrotan los reyes absolutos, esos reyes absolutos se han convertido en constitucionales. Ideas nuevas lo informan todo, y es inútil que ciertas vivencias tradicionalistas pretendan retornos o lo medieval mal interpretado. Ahora bien: aquella disociación con los valores menos mudables, señaladamente los religiosos, pues es sobre ellos donde se exagera la crisis, conoce un período de lucha —por decirlo así— en que es arma de minoría, y otro de triunfo, en que define el tiempo. A Campoamor, cuya madurez nutre este segundo clima (7), le vemos, por su condición de intelectual a la última, paladín de tal racionalismo científico.

Mucho se ha escrito acerca de la posición religiosa de Campoamor, tema al que aludimos aquí de pasada, por convenir sólo tangencialmente a

estas notas. El intentó situar en cierto orden su concepto de lo látrico, a través de diversas páginas de "Lo absoluto", "Bacon", "El Panenteísmo", "El Ideísmo", y, muy singularmente, en el epílogo de "El personalismo", una de sus más sabrosas obras. No llega a una concepción hegeliana de la propia existencia: aquel *Fursichsein* —ser para sí— obsesivo, el yo frente a sí. Pero parece, en cambio, que esa autovigilancia a que su escepticismo... crónico, y un poco tónico, le conduce, termine por imponer las potencias de la que Vives y Fox Morcillo llamaron *anima substantialis* sobre las del *anima rationalis*. Toda la duda de Campoamor es, en efecto, una suerte de desconfianza tan sólo. Desconfianza bonachona, más arregostada en la experiencia que en la negación de principios. Por lo tanto, comprensiva. Este ser más un desengañado que un descreído núnrese, como si fuera poco de los restos de una educación religiosa, cuya sustancia moral no era incompatible en ningún punto con la del poeta de las humoradas. Si en algún momento nos resulta fuera de lo dogmático, más cabe atribuirlo a celo excesivo, a erasmismo décimonónico, que a heterodoxia. Se dicen las barbaridades cual en el seno de una familia, al eco de que, quien bien quiere, haga llorar. Tan posesionado de sí, tan prosopopéicamente seguro de su templanza, Campoamor —que, por no haberse dejado arrastrar nunca por desbordes juveniles, se ahorró la etapa energúmena de todos los librepensadores— vela por la coincidencia, dentro de una indiscutida moral cristiana, de lo teórico con lo práctico; y, si atiende, como he denunciado, más en ocasiones al *alma inferior*, es en virtud del procedimiento didáctico de que nuestro poeta, como tal poeta, no atinó jamás a desprenderse. A ello se aludirá más tarde. Pese a lo antedicho, la lectura de Campoamor fué considerada por muchos de sus contemporáneos una impiedad.

El vindica su tono digno: "Juro... que... jamás he escrito, ni escribiré ninguna poesía atea, ni repugnante, ni obscena" (8). Confiesa sentir aversión por ciertas prácticas del culto (9), siendo así que acompañaba con frecuencia al templo a su esposa: "Cuesta menos trabajo oír misa que oír a mi mujer luego" comentaba (10). Un volterianismo de buen tono —por el que se perecerá— ha de apartarle de aquellas nebulosas del misticismo que rebaña algún autor (11), llevándolo, en cambio, al peligro máximo en que un temperamento como el suyo podía dar: la paradoja (12). Su regocijo ante cualquier monstruosidad perfectamente planteada, o sea el orgullo profesional del sofista, dispuso en sus páginas —como en su rostro— cierto sonreír de bonomía por el cual sospechamos hoy que Campoamor, en el fondo, lo tomaba todo a broma (13).

Su estética

El Romanticismo iba decantado ya, y Leopoldo Alas —que no amaba precisamente la extática literatura de los pasticheros, sino que, en su afán de prever, profetizaba en *Azorín* un humorista—, apoyando a los iniciadores del cambio de orientación, prescinde de los consagrados —Zorrilla a la vanguardia—, para reconocer en su época “dos poetas y medio” (14). El indignadísimo “medio” —especie de reintegro en la lotería de las musas— era Manuel del Palacio. Los “dos”, Núñez de Arce y Campoamor. Obsérvese en *Clarín* la vigencia calificadora de aquel escepticismo que señalé; trátase de revolucionarios, además, desde un punto de vista de la retórica. Los primeros, sobre todo, entonan voces sin precedente en castellano. Y, de los dos, parece desde luego Campoamor más original. Parece, recalco, porque tal originalidad fué puesta en duda con bastante fortuna por dos periodistas sevillanos; motivando una de las más nutridas polémicas acerca del autor de “El tren expreso” (15).

Intentaré sistematizar muy someramente unas características exclusivas de la poesía campoamoriana. Atendiendo primero al fondo, sugiero estas tres: atrofia para percibir los valores constantes de la precedente, tendencia a humanizarlo todo, ceguera ante lo externo.

La primera, aunque nadie ha querido plantearla de modo tan absoluto, puede deducirse, a poco meditar, sobre cuantos intentos de filiación desveló el poeta. Enrique Piñeyro, en su más que excelente estudio sobre él (16), observa que, a su advenimiento a las letras, Zorrilla acaparaba el interés general, y, siendo imposible desplazarle en su propio terreno, Campoamor reacciona para distinguirse, para llamar la atención sobre sí desde otro. Piñeyro da crédito excesivo, a mi entender, a ciertas palabras del propio Campoamor, explicación *a posteriori* aceptable sólo desde un punto de vista anecdótico (17). Hay que pensar apenas en la diferencia de caracteres entre nuestro hombre y el gran poeta de Valladolid... No puede decir nadie —en este orden de cosas— que se haya adecuado un camino; se tratará, más bien, de que lo halló; como prueba, su éxito. *Clarín* comprende que la orientación vino en determinarse de manera biológica, por aquella duda —o desconfianza, puesto que ya la llamé así— en constante ejercicio (18). Jamás, en toda la poesía de Campoamor, percibimos los regustos retóricos ni imaginales comunes al noventa y nueve por ciento de la castellana. Si los primeros aparecen alguna vez, trátase de modismos muy a mano —refranes, lugares comunes de narración *ad usum* —, nunca de

construcciones con ángel, con solera, sabor de lo no interrumpido. Tal mequetismo respecto a lo verbal se agudiza respecto a lo imaginativo, pues incluso cuando acepta cualquier tópico desastrado lo maneja con una desgana, un estar fuera de cuna, que motiva cierta sutil observación —para el poeta, catastrófica—: no percibe uno del todo cuán tópico es una imagen hasta que la lee en Campoamor. Precisamente, porque su manera inocua de utilizarla choca a la más inconsciente atención auditiva.

Esta indiferencia para tales estirpes dióle, en cambio, la agilidad del desprovisto, la audacia de quien nada tiene que perder. Inicia, así, Campoamor un ambiente poético no visitado aún; aquel que, como notó bien un crítico (19), hará posible el modernismo a poco. Campoamor no es el modernismo todavía —el *ismo*, el hacer, el vicio—, sino la modernidad —el ser—. Precursor ingenuo, con descubrimiento de algo, pero no en posesión —que traerá el tiempo— de los elementos para tratar ese algo con estética consciente; es decir, viciosa. Archi ingenuo, archi honrado, porque también con respecto al naturalismo literario de su época se quedó en cultivador de la simple naturalidad. Pero en esa naturalidad hay ya elementos humanos conmovedores, persistentes después, perfeccionándose (20). Es un triunfo del poeta, quien, de cara jovial al porvenir (21), parece felicitarse sus beneméritos imperfecciones de epónimo. Cualquier crítica, por ligera que fuese, podría interpretarlo así (22).

La segunda característica de Campoamor, en cuanto al fondo atañe, queda escrito que es su tendencia a la humanización. La técnica elemental de quien, como él, menosprecie hasta lo indecible la forma, consistirá en el uso a ultranza de ideas y sentimientos enormes. Pero en Campoamor —esto es importantísimo— se emplean reduciéndolos a la vida cotidiana. Lo que han llamado su ironía consiguiese, a mi modo de ver, porque aparece ridículo en sus manifestaciones —*per accidens*— cuando es sublime en entidad. Es un problema de falsedades, de desengaño, de —repito— condescendiente desconfianza.

Constará por cuanto digo que considero al vate asturiano una especie de poeta de la anti poesía, de la desidealización. Viene a *poner las cosas en su punto*: en aquel punto de donde las había arrebatado la poesía hasta entonces, al lanzarlas a las parábolas del infinito. Sus versos avanzan tallando halos, cancelando aureolas, empadronando misterios. Todo es ya modesto y asequible, y esta reducción se satisface a los halagos de una posible evidencia, que no de un carisma genial (23). El peligro de lo ramplón y lo didáctico (24) se cumple, a carambola cantada. Hay quien llega a calificar

de germánico a Campoamor (?), por su incapacidad para los temblores de lo altisonante (25). Cuando algunos escoliastas de esta humanización aceptan el mundo de los principios no parecen captar con lucidez que toda la técnica de aquella ironía campoamoriana reside —según he indicado— en qué paradójicamente se relacionan los principios con cada ejemplo (26).

Tal desidealización comporta, con todo, un triunfo de calidad: la mujer, por primera vez en nuestra poesía, abandona telares decorativos, para protagonizar su propia carne. Es un Renacimiento para el campo femenino, que asocia a nuestra mente aquellas doctrinas emancipadoras de la época, que tanto aplaudiría el avanzadísimo Campoamor (27) ... No le creemos, por ello, tan poco aficionado a la psicología como advierte Valera (ver la nota siguiente).

La tercera y última de las características que corresponden a este apartado, la de su ceguera para lo externo, lo mismo en cuanto sea gesto o postura, que en cuanto sea paisaje, fué observada por cuantos críticos estudiaron a nuestro poeta (28). Su lírica es la de un ciego, y habría que buscar en esa distracción las causas de su mal apreciada hipersensibilidad de algunas veces para lo íntimo.

Pasando a ojear la forma de Campoamor, constataremos su exacto cumplir las teorías del poeta y sus secuaces, en cuanto defienden un laconismo expresivo que les asegure la fácil perennidad de lo sentencioso (29). Cabrá extraer siempre de allí cientos de figuras retóricas tipo epifonemático. El dilema, la litote, la antifrasis, la mimesis; asteísmos, carientismos, cleuasmos y reticencias ... Es júbilo de preceptistas ese modo intencionado de lenguaje. Es resucitar el epigrama, la *inscriptio*, lo que hoy llamaríamos poesía mural: "Su prurito de formular pensamientos originales y profundos con frase precisa, rápida, de una lógica que parece de Derecho romano, en estilo epigráfico casi ..." (30). He oído decir más de una vez que solía componer antes los últimos que los primeros versos de cada estrofa, con afán de impresionante precisión, de rotundidad final. Luego rellenaba cuanto los precedía. Imagina uno, así, que sus estrofas terminaban poco menos que afiladas, en punta.

Campoamor es completamente contemporáneo, si no como poeta, como escritor en verso, bajo esta mira de su estilo latigüeante, concreto, nervioso, enemigo de las afirmaciones a diapasón ... De ahí que, como se leerá en otro lugar de este libro (31), tome por su elemento sustancial la humorada, que es sólo "un rasgo intencionado", y que los otros géneros que cul-tive, la dolora y el pequeño poema, no sean más que "una humorada con

vertida en drama" la primera, y "dolora amplificada" la segunda. Nótese el sistema de relación con ese mínimo que es el "rasgo intencionado". El será la medida numérica, por decirlo así; la dolora y el pequeño poema, sus múltiplos. El mundo de Campoamor cabe en el rasgo, la frase, intencionados. Lo demás es ya ejercicios poéticos, profesionales, ampliaciones de buen fotógrafo; aunque esa ampliación con medida que la dolora es (32) nos resulte lo más logrado de su labor, ni minúscula fotografía —indiferente casi—, ni preocupada ampliación... Pues cuando adquiere ya la de sus poemas largos, "El Drama Universal" (33), "El Licenciado Torralba" (34), etc., llega a lo desorientador, a lo torpe. Más y más difusa, que, ¡ay!, todo tiene su límite...

No prestó Campoamor ninguna atención al lenguaje. En el curso de sus escritos, en la misma "Poética", profesa una concepción meramente utilitarista del vocabulario. El afán de exactitud —"intencionada" también— parece regirlo todo. Recoge él complacido una tremenda definición de *Clarín*, que esconde quizá sus puntas de ironía, de desconfianza: "...Campoamor, excelente prosista en prosa y en verso..." (35). Para el autor de las doloras podía significar tal frase reconocerle dominio ejemplar sobre las formas métricas, posibilidades ilimitadas de expresión, la servidumbre de cualquier dificultad a su capricho elocutivo. Nuestro criterio es más cruel. Campoamor, en efecto, versifica —y bastará leerle en su polémica con Valera (ver la nota 38), además de en la "Poética" imprescindible— por ambición, por deseo de permanencia. Sería injusto afirmar que se limitaba a metrificar la prosa. No: "escribir poesía es convertir las ideas en imágenes" (36). De no haber actuado conforme a esta regla no habría obtenido el éxito que obtuvo. La traslación verificóse con naturales consecuencias. Con precauciones, iba a escribir. Lo que nos impacienta en él es su rigor para decirnos qué sea la poesía de manera tan concreta. El enorme sentido práctico de Campoamor para realizar. Método, frente a inspiración. Calfacción, frente a calentura. "Escribir poesía es... tal cosa. Pues, ¡ea!, manos a la obra..." parécenos estar oyéndole.

A pesar, pues, de la modernidad benemérita de su mundo, Campoamor choca con estrépito con nuestras generaciones, además de por la decadencia de la poesía conceptualista —sustituída por la imaginal—, a causa de ese descuido externo, a veces de proporciones insólitas. En momentos como los presentes, cuando la llamada poesía pura actuó ya en plenitud, y cuando, por ésta y otras muchísimas causas, el lenguaje poético es clima absoluto para todos, resulta poco menos que imposible el gusto por Campoamor.

Sus opiniones

Era un temperamento arbitrario y testarudo. "Como poeta, es un pensador; como pensador, es un carácter" escribía de él —todavía— *Clarín* (37). El mismo Campoamor (ver la nota 42) se calificará de maniático. Con todo ello, sus polémicas fueron muchas y sonadas, en algún caso sin otra finalidad que divertirse, como la celeberrima con Valera, acerca de "La metafísica y la poesía" (38), verdadero alarde de ingenio a cargo de dos sofistas de primer orden (39)...

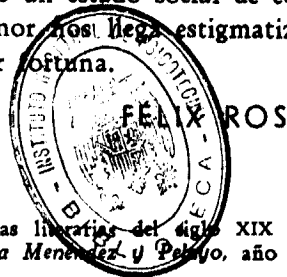
A pesar de ser "uno de los hombres más listos de España", se deja embaucar por pequeños orgullos, y a cada momento le vemos esforzándose en promulgar teorías ante cualquier apreciación que su obra motive. Así llegan a elaborarse las más fantásticas, y así, naturalmente, arrastrado por ese complejo de justificarse, incurre en contradicciones innúmeras. Sería fácil tarea revisar el amorfo ideario campoamoriano, para anotarlas una a una, labor que no permiten los límites de esta nota (40).

Me detengo a apereibir las opiniones del propio poeta —cosa que en otros no suele ser necesario, caso de que las hayan expuesto— sólo como eficazísimo aviso a los navegantes de su obra. Ninguna relación existe entre unas y otra, así; y lo que se salve de la última se salvará merced a independencia inclasificable, a alegre rebeldía. El autocrítico falló siempre, pese a las muchas páginas que escribió. Repasemos la titulación de algunos apartados de su "Poética": eriza de espanto (41). El pragmatismo con que pretende situarlo todo desconcierta, aturde, empeora nuestro concepto del escritor. Se empeña otras veces en juzgar sus resultados, no ya sus propósitos, y la desorientación continúa (42). Pero, a poco que se inspeccionen esos síntomas, lo son de timidez, de aquella trágica inseguridad con que lo bien organizado ve, ante cada juicio, venirse abajo su éxito. Por su misma urgencia de apoyos, fomentó Campoamor una incipiente escuela; los discípulos carecían de importancia, pero tal prolongación suponía una seguridad (43). Campoamor creyó mucho tiempo en ellos, en su escuela, dándole estado oficial en varios escritos (véanse las notas 26 y 43).

Final

A estos cuarenta años de la muerte de Campoamor, propónese una mayor estima de su obra. El que, tan a seguidas de él, Rubén Darío estatuya que las imágenes, y su sugerencia idiomática sobre todo, dan patente de poeta, perjudica un valorar justo del de Navarra. Sobreviene, además, la mutación de los elementos decorativos in-

mediatos. Mutación ambiciosa, desproporcionada, más aparente que real entre nosotros; pero el cosmopolitismo de los modernistas anduvo cómodamente sobre un mundo no implantado en España aún, gozando, así, la eviternidad relativa de los profetas. La distancia entre este mundo más próximo y el regustado de Campoamor sitúale por años no amables. Deja atónito leer en su biografía por la Pardo Bazán —quien lo narra complacida— que, muy viejo ya, notó la presencia en su despacho de un ratón; empuñando un libro, iba a lanzárselo, cuando cierto terror indecible paralizó al poeta: “¿Y si lo mato?”, preguntóse. Tras desistir, “...el ratón pudo, desde aquel día, corretear a su antojo” (44). Esta curiosa higiene, que permite a los ex directores generales de Beneficencia y Sanidad dejar correr ratones por su casa —higiene que informa asimismo las mejores páginas del muy mundano Valera—, es síntoma de un estado social de cosas. Poeta realista en sus procedimientos, Campoamor nos llega estigmatizado por su paisaje, para nosotros astronómico —por fortuna.



(1) Vid. José María de Cossío: “Correspondencias literarias del siglo XIX en la Biblioteca Menéndez y Pelayo” (*Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, año XVI, enero-diciembre de 1932. Santander (págs. 84 a 94).

(2) La afición al diálogo puro hace simpático a Campoamor en aquel siglo gritón, anticoloquial: “Recuerdo haber leído en una biografía de Balmes que cuando el ilustre filósofo de Vich, cediendo a las reiteradas instancias de muchos amigos, consintió en que le hiciese un retrato el distinguido artista D. Federico de Madrazo, solía éste llamar a su casa a D. Ramón de Campoamor, con quien le unían lazos de estrecha amistad, para que mantuviese conversación con Balmes durante el tiempo que éste permanecía en el estudio del egregio pintor. Merecería la pena de haber taquigrafiado las conversaciones que sostuvieron entonces el primer filósofo español del siglo XIX y el que, además de ser insigne poeta, era el más entusiasta panegirista de los estudios filosóficos.” Eloy Bullón: “Campoamor, filósofo”, en *La Ilustración Española y Americana*, año XLVII, núm. VI. 15 de febrero de 1902 (págs. 90 y 91. Lo citado, pág. 90).

(3) “Muchos catedráticos de esta escuela, algo metafísicos y poéticos algunos, con el rector y el decano a la cabeza, quisieron, contando con la aquiescencia del Sr. Cánovas, también algo poeta, que el Sr. Campoamor representara en el Senado, como hombre ilustre por sus letras y natural de Asturias, al primer Centro docente de la provincia. Pero el Sr. Pidal, que no es nada poético, y se va olvidando de su antigua metafísica, creyó que a una Universidad le cuadraba un senador que no fuera ni bachiller, y escribiera *tube*, así, con *b*, mejor que un vate ilustre como D. Ramón. Y, dicho y hecho: Campoamor, por disciplina, no se presentó siquiera, y el barón, con *b* también, de Covadonga, salió triunfante de la urna académica, demostrando la inutilidad de la poesía y de la metafísica.” Estas últimas palabras se refieren a la polémica que se resume en la nota 38. *Clarín*: “Ensayos y revistas. 1888-1892”. Madrid, Manuel Fernández y Lasanta, editor, 1892: “Entre bobos anda el juego” (págs. 159 a 166. Lo citado, págs. 159 y 160).

(4) Este trabajo, devotísimo, revisado por el poeta, agudo en cuanto signifique comprensión, y desproporcionado e incauto en lo que sea anécdota, tuvo varias versiones.

La primera, preparada para la edición de las "Doloras" por *La España Moderna*, recógese en *Nuevo Teatro Crítico*, año III, núm. 28, abril de 1893. Madrid, sin fecha: "Campoamor. Estudio biográfico" (págs. 230 a 281). La última, en "Retratos y apuntes literarios". 1.^a serie. Obras Completas, tomo XXXII. Madrid, sin fecha (págs. 5 a 62).

(5) Vid. Rubén Darío: "España contemporánea". Obras Completas, tomo XIX. Madrid, Mundo Latino, sin fecha: "La coronación de Campoamor" (págs. 54 a 61).

(6) Por lo que respecta a la biografía de Campoamor, además del de la Pardo Bazán, recomiendo el trabajo de Antonio Sánchez Pérez "Celebridades españolas contemporáneas. Ramón de Campoamor. Estudio crítico-biográfico". Madrid, Fernando Fe, 1889 (folleto de 44 págs). En la parte crítica no tiene ningún valor, salvo, tal vez, en el momento en que —como Verdes Montenegro (ver notas 26 y 29)— ataca con dureza a Leo Quesnel (págs. 15 a 20). Por lo demás, la encomiástica prosa ochocentista mis nos disgusta que orienta ya.

(7) Bastará suscribir el siguiente párrafo de Manuel de la Revilla, que lo intuye maravillosamente: "El escepticismo poético no es nuevo en España. Casi todos nuestros poetas románticos, señaladamente Espronceda, en él se inspiraron; pero Campoamor ofrece caracteres originales, que merecen estudiarse. El escepticismo de Espronceda revela una época en que la duda es un tormento para el espíritu; el de Campoamor anuncia un estado social en que ya nos hemos connaturalizado con la duda. Aquél arranca del corazón, y es hijo de los desengaños; éste nace de la cabeza, y es fruto de serena y fría reflexión. El primero denuncia una existencia atormentada y dolorosa; el segundo, la vida tranquila de un espíritu a quien no molesta gran cosa la falta de creencias". "Obras de don Manuel de la Revilla". Con prólogo del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo y un discurso preliminar de D. Urbano González Serrano. Publicadas el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid. 1833; "Don Ramón de Campoamor" (págs. 57 a 69. Lo citado, pág. 64).

(8) "Obras Completas de D. Ramón de Campoamor, revisadas y compulsadas con los originales autógrafos bajo la dirección de los Sres. D. Urbano González Serrano, Vicente Colorado y Mariano Ordóñez". Madrid, Felipe Fernández Rojas, editor, 1902: "Poética". Tomo III (pág. 295).

(9) Campoamor expone sus sentimientos religiosos en el epílogo de "El Personalismo" (Madrid, M. Rivadeneyra, 1855. Págs. 245 a 259). En estas páginas se defienden ideas espiritualistas, aunque con la inexcusable superficialidad del autor... Habla de la "mania de terrorizarlo todo" del catolicismo, y de la santidad de los templos, "tan común en todo lo que no adornan las mujeres" —el poeta es aquí, una vez más, furibundo detractor de la misoginia—; de la escenografía lúgubre de nuestra religión... Evoca aquellas calaveras por doquier... "Todo este conjunto me hacía entonces (está hablando de su infancia) recordar la muerte como una especie de *garrote vil*, siendo así que ahora, cuando leo el Evangelio, casi me dan ganas de morir por curiosidad" (pág. 248).

(10) Emilia Pardo Bazán: obra citada, pág. 28.

(11) En sus sutiles "Siluetas" (Madrid, Biblioteca Mignon, 1899), Urbano González Serrano escribe: "A través de su ortodoxia (garantizada por la elegancia devota, que mezcla en el *boudoir* el incienso a que huele el devocionario con la mostaza de las doloras), apenas si podría caminar el ingenio sutil de Duns Scott. Las raíces del sensualismo poético de Campoamor abundan en el misticismo literario; pero, como todos los místicos, convierte lo religioso en la novela de lo infinito, y habla de la religión del amor (*Los grandes problemas*) como el más emancipado de los dogmáticos. No contradice, sino que confirma, la verdad innegable de que en todo místico late el germen de un heterodoxo": "Ramón de Campoamor" (págs. 23 a 35. Lo citado, págs. 29 y 30).

(12) El peligro era serio, tratándose de cosas de religión. Acerca de él ironizó *Clarín*: "Yo creo que Campoamor es de los que opinan que el Evangelio es protestante." "Nueva Campaña". Madrid, Fernando Fe, 1887: "Los amores de una santa" (págs. 15 a 27. Lo citado, pág. 27). Y, en otra ocasión: "Campoamor es un católico que pasa la vida diciendo herejías en versos irreprochables". "Mezclilla" (Crítica y sátira). Madrid, Fernando Fe, 1889: "¿Y la poesía?" (págs. 357 a 366. Lo citado, pág. 360).

(13) "...La sencillez paradisiaca a que usted parece que aspira es imposible, sobre

todo para quien, como el Sr. Campoamor, ha vivido tanto. Cuando usted coge en brazos al hijo del Sr. Pidal o a cualquiera de esos angelitos con faldas que usted trata, me hace temblar con las cosas que les dice: parece usted un Schopenhauer jugando al trompo. Esos niños no pueden entender que en el fondo de su humorismo escéptico, al parecer, hay un optimismo alambicado, que es el que le hace a usted presentarse en todas partes risueño y bondadoso". *Clarín*: "Solos de Clarín". Madrid, Alfredo de Carlos Hierro, editor, 1881: "Pequeños poemas" (Campoamor), (págs. 225 a 234. Lo citado, pág. 234).

(14) Esta afirmación trajo sus polémicas, y *Clarín* la sostuvo una y otra vez. Vid., por ejemplo, "Sermón perdido". Madrid, Fernando Fe, 1885: "Los poetas en el Ateneo" (págs. 1 a 50).

(15) A raíz del éxito teatral de "Así se escribe la Historia", *La Epoca* aclamó como "al más original" de los poetas castellanos. Entonces apareció en *El Globo. Diario Ilustrado. Instrucción. Moralidad. Recreo*, un artículo de Joaquín Vázquez y Muñoz, titulado "Problema", donde aquella originalidad era combatida, aduciendo fragmentos de las versiones de tres obras de Víctor Hugo: "Nuestra Señora de París", "Los trabajadores del mar" y "Los miserables". El plagio, a decir verdad, me parece evidente, aunque más de expresión que de pensamiento. (Año I, núm. 230. Madrid, martes 16 de noviembre de 1875. Pág. 186.)

José Fernández Bremón, íntimo del poeta, impugna tales acusaciones en el mismo diario (núm. 240, viernes 26 de noviembre, págs. 225 y 226), con su "Carta a una dama", donde se indigna: "...la coincidencia, juzgando hostilmente, se califica de plagio, y éste, cuando hay intención de favorecer, se reputa rara coincidencia" (pág. 225).

Tercia entonces el más tarde celebrísimo José Nakens. Su "Carta a un amigo", dedicada a Vázquez, recalca las conclusiones de éste, e insiste en la apreciación de que las obras de Campoamor, como la columna Vendôme, están hechas con materiales cogidos al adversario... (Núm. 244, martes 30 de noviembre. Pág. 241.)

Duplica Vázquez con nuevos ejemplos: "Contestación a un amigo". (Núm. 253, jueves 9 de diciembre. Pág. 278.)

Por fin, el propio Campoamor, ante quienes descubrían en él "instintos de espía literario", publica en el mismo periódico su artículo "La originalidad y el plagio (carta al Sr. Fernández Bremón)", del que más abajo hablaré. (Núms. 264 —lunes 20 de diciembre. Págs. 321 y 322 —y 265 —martes 21 de diciembre. Págs. 325 y 326—.)

Nakens cerró la disputa en aquella publicación con otra muy graciosa y ágil "Carta a un amigo", en que sostenía su anterior punto de vista. (Núms. 267 —jueves 23 de diciembre. Págs. 333 y 334— y 268 —viernes 24 de diciembre. Págs. 337 y 338—.)

No paró todo ahí. Campoamor y su cohorte se exaltaron hasta el desahoro. Hubo quien le defendió sin pasión, incluso en un tono concesivo, perjudicial a la tesis sostenida. Este fué Valera (ver nota 39)...: "Disertaciones y juicios literarios". Colección de Escritores Castellanos (Críticos), Madrid, 1890: "La originalidad y el plagio" (páginas 189 a 226). Otros, en cambio, exagerando la defensa, llegaron a atribuir validez a una gran mentira que contó Eugenio de Ochoa, y es que, hallándose él en París, Víctor Hugo, deslumbrado o envidioso ante el éxito español de los pequeños poemas, díjole que iba a lanzar unas composiciones semejantes, publicando al año siguiente —1865— las "Chansons des Rues et des Bois"... Ya Enrique Piñeyro en "El Romanticismo en España". París, Garnier Hermanos, librerros-editores, sin fecha: "Campoamor" (págs. 255 a 267), observa que Hugo faltó de París de 1851 a 1870, mal pudiendo, por lo tanto, hacer tales confidencias a Ochoa (ver pág. 258). Esta anécdota es recogida con toda seriedad por la Pardo Bazán en su biografía de Campoamor, vigilada, como ya avisé —ver nota 4—, por el propio poeta (pág. 48 de su última redacción).

Este acusa la espina con alharaca. En "La originalidad y el plagio" la manía, como de competencia, que el asturiano siente hacia Víctor Hugo halla ocasión de exacerbarse: "...el último (se refiere a un pensamiento) que Víctor Hugo ha deslavazado en su prosa, como hace con las ideas de todos los escritores de la tierra..." "Una idea en prosa (afirmará más tarde) es un exposito a quien todo poeta honra dándole su nombre". (Vid. "Obras Completas", edición citada. Tomo III. Lo citado, págs. 195 y 201.)

Reproduce el tema en la edición definitiva de la "Poética", en el capítulo II —"El

arte supremo sería escribir como piensa todo el mundo" (?)—, apartado "Ni coincidencias de asuntos": "...No sólo la mayor parte de los expresiones versificadas por mí no me he tomado el trabajo de escogerlas yo, pues las debo a las indicaciones de mi antiguo e ilustrado amigo el señor D. Nemesio Fernández Cuesta, sino que jamás he leído, ni querido, ni podido leer un solo libro que no esté escrito en español, pues el francés, que es el único idioma que podía saber, si yo fuese un hombre medianamente aplicado, no lo conozco bastante para poder comprender en él el mérito de la más ligera de sus obras. Y lo extraño del caso es que por haber versificado, no algunas ideas de Víctor Hugo, que para nada me hacían falta, sino algunas frases de su elegante traductor el Sr. Cuesta, hay criticastros que han dado por supuesto que imitaba a Víctor Hugo, cosa imposible, porque yo no leo más que libros de filosofía, y nadie ha dicho que el gran poeta entienda de esto una sola palabra, y las poesías no he podido leerlas en los originales, porque mi francés repito que..." Etcétera. (Id., id., pág. 220.)

Clarín discute estas apreciaciones con benévola donosura en "Folletos literarios, VII. *Museum* (Mi revista)". Núm. 1, julio 1890. Madrid, Fernando Fe, 1890 (96 páginas): "La poética de Campoamor" (págs. 15 a 50): "Yo, en el caso de Campoamor, hubiera suprimido en esta nueva edición de la *Poética* ciertos desahogos de la justa indignación que, con motivo de llamar imbéciles disimuladamente a ciertos señores, que probablemente serán imbéciles en efecto, maltrata a Víctor Hugo, al cual no conoce D. Ramón, pues no es conocerle no haber leído de él más que las traducciones de Fernández Cuesta; eso será conocer a D. Nemesio, pero no a Víctor Hugo..." (Pág. 28.) "...En cuanto a que Campoamor no sepa francés, apenas me atrevo a creerlo; yo he visto una traducción francesa de Heine, de propiedad de Campoamor, y no creo que D. Ramón compre los libros para no leerlos..." (Pág. 29.) Hay una leve sorna aún: "...Campoamor, que, según él, no lee más que filosofía (y libros de cocina, como recuerdo haberle oído)..." (Pág. 30.)

(16) Si algún defecto tiene este libro —citado en la nota anterior—, es que sus miras pedagógicas le instan a una excesiva simplicidad.

(17) "Si es verdad, como dice Espinosa, que Dios, la sustancia infinita, se divide en pensamiento y extensión, desde la aparición de mis primeras composiciones conocí que no tenía más remedio que refugiarme en la región del pensamiento, pues otro gran poeta, el Sr. Zorrilla, ocupaba a la sazón hasta el último recodo del atributo de la extensión.

Viendo la totalidad de la naturaleza extensa abarcada por la mente objetiva de este bardo divino, no tuve más remedio que refugiarme en el campo de mis impresiones subjetivas, íntimas, completamente personales." "El Personalismo": Epílogo. Edición citada, pág. 271 y 272.

(18) "Campoamor ha sido el primer poeta español de nuestros días que se ha hecho acompañar siempre, o casi siempre, de un crítico, que era él mismo." *Clarín*: "Folletos literarios, VII. *Museum* (Mi revista)", edición citada. Lo mencionado, pág. 17. Añade: "El autor de las *Doloras*, cuando joven, pensaba un poco a lo *viejo*, y, por lo que decía yo, ahora tiene la ventaja de que es un *viejo* que piensa como un *joven*" (pág. 18). Sólo la primera parte de esta frase me parece exacta.

(19) El punto difícil en que vemos situado a Campoamor, y a que antes aludíamos, es, por decirlo así, un recodo, un cambio de ruta de la poesía, en que empieza a dejar de ser lo que era y no ha llegado aún a ser lo que será. Después de Campoamor, la poesía española se transforma, por influencia principalmente de Rubén Darío, que a su vez respondía a la evolución de la poética francesa.

Campoamor fué un precursor de esta mudanza. Hay que hacerle la justicia de reconocerlo. Quiso dar flexibilidad a la rima, naturalidad y sencillez al lenguaje poético, hacer a las Musas ciudadanos de nuestro tiempo, en vez de Números lejanos. Pretendió sacar a la poesía del escenario y acercarla a la vida; descalzarla del coturno solemne y ponerle la sandalia ligera que le diese un paso ágil y un nuevo compás; quiso hacerla cruzar por la vida cotidiana, con una sonrisa comprensiva... Tributemos, empero, a Campoamor el homenaje justo de reconocer en él a un renovador, a un precursor, a un ingenio que presintió las nuevas formas y los ritmos futuros." Eduardo Gómez del Baquero, *Andre-*

nio: "Pen Club". 1: los poetas. Obras Completas, tomo II. Madrid, C. I. A. P., 1929: "Campoamor" (págs. 191 a 195. Lo citado, págs. 194 y 195).

(20) Andrés González Blanco, en su "Campoamor (Biografía y estudio crítico)" (Madrid, Sáenz de Jubera, hermanos, editores, 1911), libro escrito con mucho aire y talento, al que perdonamos pícaras citas de tercera mano, desmenuza inquietamente ese cambio de rumbo: "Aquí (está hablando de *El tren expreso*) hay algo distintivo de nuestro siglo. Este canto es como el himno a la belleza transeúnte detenida; a la belleza transeúnte, nuestra dominadora; a la belleza que por un momento pasa y nos desalumbra con su fulguración de relámpago; a esa belleza que Heine adivinó un día en los ojos en flor de una pastora sobre las cumbres del Hartz; que Baudelaire entrevió cuando la vió pasar un día por delante de los cristales esmerilados de un café de los bulevares, donde se aburría, *crispado como un extravagante*; que Jean Lorrain, o *Monsieur de Phocas*, creyó sorprender una noche en el diálogo entrecortado de una modistilla y de un obrero parisienses, refugiados en la modesta casa de dormir de la calle de Abellbesse...! Esa belleza, descubierta a fines del siglo XIX, esa belleza inestable y sugestiva, profunda a fuerza de ser pasajera, es la que canta en *El tren expreso*". (Págs. 313 y 314.)

Por su parte, Boris de Tannenberg, que ya en "Poètes castillans modernes" se había ocupado con elogio de Campoamor, le atribuye también, a su muerte, la inauguración de tal mundo de complejidades, que la literatura conoció por entonces: "Jamais sceptique n'eut l'âme si religieuse, et jamais pessimiste ne fut d'aussi joviale humeur. Ne cherchons pas à concilier tout cela. Campoamor, comme chacun de nous, mais d'une manière plus intéressante, fut un tissu de contradictions; nous retrouvons en lui nos ironies et nos inquiétudes, nos alternatives de sécheresse et d'émotion, de dilettantisme et de naïveté, de foi et d'impuissance à croire, de lassitude et d'élan; et c'est pour cela que, lorsque nous avons appris à le lire, il remoue en nous les fibres les plus secrètes: il est le poète exquis et troublant de l'âme moderne." (*Bulletin Hispanique*. Tome III, 1901, núm. 2 (abril-juin), Bordeaux: "Silhouettes contemporaines: Campoamor" (págs. 206 a 208. Lo citado, pág. 207).

(21) Campoamor, aunque con menos candidez que Javier de Burgos en la oda "Al porvenir", expresó una y otra vez su afición por los tiempos futuros. Un *synthesis* de tal tendencia nos la da en "Don Luis González Bravo. Epístola necrológica dirigida al señor Marqués de Molins, Director de la Real Academia Española":

*¿...Qué he de decir del noble compañero
que adoró lo pasado con vehemencia,
mientras yo amé con fe lo venidero...?*

("Memorias de la Real Academia Española". Año II, tomo III, Madrid, Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra, 1871 (págs. 521 a 528. Lo citado, pág. 521).

(22) P. Langle, en su folleto "La lírica moderna en España. Núñez de Arce, Campoamor, Bécquer" (Almería, Imprenta de Jaime Casasayas, 1883, 86 págs), fija de manera sencilla algunas de las peculiaridades de nuestro poeta: "...Ha operado una profunda revolución en el campo de nuestra lírica. Así como Bécquer, por ejemplo, encontró en sus Rimas el modelo de la poesía del corazón, halló aquél en estas producciones la fórmula de la poesía filosófica, y poniendo al servicio del arte las investigaciones y conquistas de la ciencia, y adornando a ésta con el hermoso ropaje de la forma artística, realizó a la par dos empresas grandiosas: dar a la poesía verdadera trascendencia, y presentar los descubrimientos modernos bajo el aspecto más agradable y simpático. Todos los problemas de la filosofía los convierte en temas para sus canciones, y los adorna con los primores de la versificación.

Esto ha hecho decir a la crítica que Campoamor es uno de los poetas castellanos que mejor pudieran sufrir una traducción en prosa a cualquier lengua extranjera. Ciertamente, *la idea* domina sobre todo en sus obras, y las hace más sustanciosas y nutridas de pensamiento que las de otros ingenios, dados a la armonía del ritmo más que a la intención e importancia del argumento. Campoamor, por el contrario, procura hermanar ambas cualidades, y porque lo consigue es proclamado poeta insigne" (pág. 44). Obsérvense esas

dos características, honestamente señaladas: "presentar los descubrimientos modernos..." (ver la nota anterior) y "la idea domina sobre todo..." (ver la nota que sigue).

(23) Piñeyro, en su estudio citado, resume así el voluntario empobrecimiento de Campoamor:

"El verdadero romántico evita cuanto puede el prosaísmo del estilo, y, a falta de novedad en las ideas, cualidad que no a todos es dado conseguir, trata siempre de conservar a la poesía todos los recursos prosódicos, su riqueza musical, su esencia cantante, para lograr por medio del ritmo y de la rima y de vocablos curiosamente escogidos una impresión de antemano definida y solicitada. Todo esto en las *Doloras* se halla relegado al segundo plano, subordinado de propósito al empeño de filosofar, de presentar, bien en forma dialogada o semidramática, bien a modo de apólogo o de narración, reflexiones morales, lecciones de experiencia, sentencias filosóficas. La *dolora*, así, viene a ser como una fábula común, pero fábula en que nada compensa la falta de naturalidad, de sencilla *bonhomie*, que por otro lado pierde, y que tanto realza a las de *La Fontaine*: cualidad singular, inapreciable, que en el fabulista francés es un triunfo de grande artista, que apenas si existe en Samaniego, en Hartzembusch, en Campoamor, en muchos otros" (páginas 259 y 260).

(24) Del Padre agustino Restituto del Valle Ruiz, uno de los más agudos desen-
trañadores de la poesía campoamoriana, debo citar, por lo menos, dos trabajos: "Últimas manifestaciones de la poesía lírica en España. Campoamor", en *La Ciudad de Dios. Revista agustiniana Religiosa, Científica y Literaria, dedicada al santo Obispo de Hipona* (segunda época. Vol. XX. Valladolid, Real Colegio de Agustinos Filipinos, 1889, págs. 15 a 23), y "Al Sr. D. Ramón de Campoamor. Carta literaria", en ídem id. (Vol. XXII, 1891, págs. 401 a 410). Ya destacaremos un párrafo de este segundo estudio en la nota 40. El primero, sin dudas más importantes, fué incluido después en su libro "Estudios literarios" (Barcelona, Juan Gili, editor, 1903: "Don Ramón de Campoamor" (págs. 117 a 133). Aquí sintetiza muy bien —con cierto profético agorerismo— el *callejón sin salida* de la poesía del siglo XIX, ese callejón sin salida a que la poesía de cada siglo va a parar... "Es propiedad bien visible de la literatura, y en especial de la poesía contemporánea, cierta propensión al género didáctico, la cual, mientras se limite a estrechar en unión íntima y natural el pensamiento poético con las formas espléndidas del arte, será generosa y fecunda, como lo fué en edades privilegiadas; mas si, trasapando los lindes demarcados por la estética, bastardea el fin propio de la poesía, reduciéndola a un impertinente sermoneo, o, lo que es muchísimo peor, trocándola en instrumento o máquina de guerra contra las creencias que más dignifican y ennoblecen la conciencia universal, entonces ese nuevo derrotero concluirá en una poesía académica, tan empalagosa y estéril, torpemente zurcida con retales viejos de moral y de mística" (págs. 118 y 119).

(25) Entre los juicios adversos que la materialización, la cotidianidad, de la poesía campoamoriana ha cosechado, considero certero el de H. Peseux-Richard:

"Campoamor peut être *intencionado* —nous avons vu que c'était là son plus grave défaut—, il n'est jamais inspiré et jamais ému; il n'a donc rien de ce qui peut faire pardonner à un poète quelque négligence de style: or sa forme est loin d'être impeccable et présente des contrastes extraordinaires d'élevation et de trivialité. Son seul mérite est d'avoir tenté de proscrire de la langue poétique tout le clinquant des qualificatifs inutiles et encombrants et d'avoir preconisé un style concis et nerveux, c'est-à-dire possédant les qualités dont les écrivains espagnols manquent le plus. En effet, comme on l'a dit souvent, sa poésie n'a rien de national. Campoamor n'a pas cette ampleur, ce feu, cette grandiloquence qui ont toujours distingué les Ibères; il n'a rien non plus de ce bon sens pratique, de cette tendance à tout matérialiser, de cet amour de la réalité qui ont toujours dominé dans les lettres et les arts de l'Espagne. On a remarqué avec raison qu'il y avait chez lui quelque chose de germanique, et c'est peut-être cet exotisme qui a éveillé la curiosité et déterminé le succès. On peut penser aussi que la première apparition d'une poésie exclusivement philosophique a pu égarer le jugement des Espagnols, ordinairement si *sain* et si *pratique*." (*Revue Hispanique*. Paris, 1894, núm. 3, novembre: "Humoradas, doloras et petits poèmes de D. Ramón de Campoamor" (págs. 236 a 257. Lo citado, pág. 256).

(26) "La escuela de Campoamor, al elegir un hecho para que constituya asunto de

una obra poética, inspirábase constantemente en la creencia de que el hecho que canta es una particular expresión de algo más general que queda y subsiste, en medio a la sucesión de los particulares incesantemente mudables; y así, ajustándose en esto a lo que constituye carácter de la época, no toca a una rueda del mecanismo social sin manifestar al propio tiempo sus relaciones con el total engranaje; no levanta un órgano sin dirigir una rápida ojeada a la organización considerada en conjunto". José Verdes Montenegro: "Campoamor. Estudio literario". Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1887 (pág. 29).

(27) En la última redacción de su biografía de Campoamor, la Condesa de Pardo Bazán fija en manera estupenda la importancia de esa primera intervención en nuestra poesía: "Para los líricos de antaño la mujer era un tema petrarquista, o una pastorcilla de porcelana de Sajonia, muy linda entre los bosquetes mitológicos, con su cayado y sus borregos. Filis, Amarilis, Cloris, *el más bello grano de la granada*, Luz, *la que tiernamente mira*—abstracciones, símbolos, figurillas de retablo—. Desde Campoamor ha entrado en la lírica la mujer y con ella el misterio, el ensueño, las lágrimas, las sonrisas. Campoamor ha modelado la estatua de Eva asustada de la caída, adornada ya con las gracias del pudor, vestida de pieles y de hojas, envuelta en el rico manto de sus cabellos, y enigmática y desesperante como la esfinge" (pág. 50). Hay aún otra magnífica observación, que nos desarma, invitándonos a comprender ingenuamente, a situar a Campoamor en su papel de epónimo: "Los poetas líricos son mayores cuanto más impregna sus versos el aroma femenino, comunicándoles sabor de tristeza infinita" (pág. 51).

(28) Veamos cómo coincide la crítica en ese extremo, a partir de la muy sagaz de Revilla:

"Para él la realidad exterior no es otra cosa que una ocasión favorable para revelar su propio pensamiento, o por eso nunca la canta por el mero gusto de exponerla, vaciarla o describirla, sino por el de sacar de su contemplación alguna enseñanza trascendental. Esta falta de objetividad explica la flaqueza de Campoamor en lo épico y lo dramático, y su excelencia en lo lírico, género que constituye su legítimo dominio, y del cual nunca sale por más que hace, pues líricos son sus ensayos épicos y líricos sus composiciones dramáticas." Obra citada en la nota 7 (pág. 61).

"El Sr. de Campoamor, huyendo del sensualismo y del materialismo, va a dar en un extremo de espiritualismo vicioso. Se diría que el Sr. de Campoamor tiene la concupiscencia del espíritu. Con una gracia indecible, con un talento extraordinario, niega casi la experiencia, se burla de las ciencias naturales y declara que quien no sabe metafísica no sabe nada..." "Jamás hubo místico más despreciador de lo contingente y lo fenomenal, ni más enamorado de lo absoluto y necesario..." "Lo que viene al alma por los sentidos debe entrar muy poco en la cuenta del Sr. de Campoamor. Hay más aún: desechando este audaz metafísico los datos de la experiencia, es probable que estime poco la psicología, y que la base de su sistema sea una ontología ideal, construida *a priori* con los primeros principios que están en el yo, o, mejor dicho, que pasan inmediatamente al yo desde lo absoluto." Juan Valera: "Estudios críticos sobre literatura, política y costumbres". Tomo II. Madrid, Librería de A. Durán, 1864: "Sobre los discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del señor D. Ramón de Campoamor" (págs. 336 a 360. Lo citado, págs. 340, 341 y 341, respectivamente). Repárese en esta paradójica aseveración de Valera: "...Es probable que estime poco la psicología..."

"¡Positivista! ¡Qué fiera increpación merece quien así titule, sin reflexionar, al poeta soberano que en todo lo real lo ideal veía!" González Blanco, obra citada (pág. 373).

"Si leemos detenidamente toda la obra de Campoamor, nos encontramos con un poeta completamente irreal, abstracto. Contrariamente a lo que le ocurría a Gautier, Campoamor es un hombre *para quien el mundo exterior no existe*. ¡Caso extraño! Caso que, instintivamente, sin razonarlo, había de sorprender a una generación ávida de realidad. Para Campoamor no existe ni el color, ni la forma, ni el espectáculo del mundo. Un ejemplo curioso de lo que decimos es el poema *Colón*, de Campoamor. Leamos ese poema, publicado en 1853. ¡Colón! ¡Qué grande y bello asunto para un poeta! Las riberas de España, el embarque, el mar inmenso y misterioso, el cielo, las inmensas tierras arcanas... El color, las formas vivas, los espectáculos más variados, la luz en todas sus gradaciones se ofrecen al poeta..." "...Leamos el libro. ¡Qué encontramos en él? Ni rastro de color y de luz. Nada

de realidad. Nada de espectáculos exteriores. *Colón*, poema admirable, poema hermosísimo, es la obra de un poeta interior, de un poeta —ya tardábamos en decirlo—, de un poeta de ideas y sentimientos. En *Colón* no encontramos realidad ninguna, ni de España, ni de América, ni del mar. Todo lo que desfila ante nuestros ojos son figuras morales, sentimientos abstractos; grandes alegorías —la Fe, la Esperanza, la Envidia, la Idolatría, etcétera— llenan las páginas del libro. Y cuando el poeta fija los ojos en el espectáculo del mundo, por ejemplo en las nubes, en las nubes suspensas sobre el vasto mar, es para ir personificando en esas nubes, de formas variadas, personajes de historia y de leyenda...” *Azorín*: “Autores del siglo XIX: Campoamor”. A B C del 12 de noviembre de 1922 (págs. 3 y 4). *Azorín*, que sintetiza con tanta sencillez lo que ya otros dijeron, se ocupa de nuestro poeta en varias ocasiones a través de toda su obra. Lo elogia en “Charivari” (que cito de memoria, pues no puedo dar ahora con él), en “Clásicos y Modernos” (Madrid, Renacimiento, 1913: “El segundo Campoamor” [págs. 207 a 214]), y, sobre todo, en “Castilla” (Madrid, 1912), cuando, en aquel espléndido capítulo de “Las nubes”, acerca de Melibea y Calisto, contempla el último las que pasan. Evoca ahí *Azorín* unos versos de “Colón”, llamando a su autor “gran poeta” (págs. 96 y 97). Lo menosprecia, en cambio, en “La Voluntad” (Biblioteca de Novelistas del siglo XX. Barcelona, Imprenta de Henrich y C.^a, editores, 1902 [pág. 731]).

Frente a esta coincidencia en la fijación de características, tan sólo Ortega Munilla discrepa, en un trabajo lleno de inexactitudes, de falsas interpretaciones y de superficialidades: “Lo cierto es que, cansado, sin duda, Campoamor del esfuerzo que para su numen suponía la abstracción, se lanzó con ansias de enamorado sobre la realidad visible, tangible, ardiente y palpitante, y, por reproducirla y copiarla con cálido fervor, dió a los *Pequeños poemas* ese intenso y profundísimo interés que experimentamos todos al recordarlos o al leerlos.” “Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Sr. D. José Ortega Munilla, el día 30 de marzo de 1902.” Madrid, Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1902 (pág. 21).

(29) “La frase *nada hay sublime que no sea breve* responde a esa concepción, por decirlo así, cónica de la realidad; concepción en virtud de la cual el universo acabaría en punta, formando en la base del cono el conjunto de hechos particulares; sobre ellos, las abstracciones que llamaríamos inmediatas o de primer grado, luego las abstracciones de estas abstracciones, y allá en él vértice esa gran abstracción que se llama principio de causalidad.”

Pertenece este párrafo al conocido libro —citado ya— de Verdes Montenegro (páginas 33 y 34). Es obra escrita con sumo cuidado, donde intervino con seguridad Campoamor, y no escasamente; aunque su estilo huya lo chascarrillero del del poeta. Verdes es con frecuencia justo; en otras ocasiones, elucubrante, y en todas, muy elogioso.

Pero este *imbroglio* termina confundiendo la poesía con el principio de causalidad...

(30) *Clarín*: “Nueva Campaña”, ya citada (ver la nota 12), pág. 23.

(31) Ver la nota sobre la cual comienzan las humoradas.

(32) “Las doloras, aunque un poco dadas a la metafísica, son unas composiciones muy bellas, muy elegantes y muy discretas. Predomina en ellas la imaginación sobre el sentimiento, y esto es precisamente lo que las aparta de los *lieder* alemanes, con los cuales guardan más de un parecido. Son picarescas, llenas de gracia y donaire, y nos dicen más a veces una mueca que el señor Perier con un discurso. Ríen mucho y lloran alguna que otra vez. La gente ha dado en decir que tienen poco corazón...” “...Cuando leo las doloras, sin poderlo remediar, me acuerdo de ciertas preciosas jóvenes que, después de dos o tres acometidas infructuosas de matrimonio, se deciden a tener ojeras y a estar distraídas cuando se las habla, plegando sus labios húmedos y rojos con una sonrisa irónica, y paseando su belleza por teatros y salones con la misma unción que si mostrasen las tablas de la ley al pueblo israelita. Aquellas jóvenes no son escépticas; sienten la belleza, sienten la religión, sienten el arte y sienten el matrimonio. Pero están desengañadas.” Armando Palacio Valdés: “Poetas contemporáneos. Don Ramón de Campoamor”, en *Revista Europea*, Madrid, tomo XIII, Primer semestre de 1879. Números 268 —13 de abril— (páginas 465 a 468) y 271 —4 de mayo— (págs. 568 a 572. Lo citado, pág. 568). Este ensayo se incluye después en “Nuevo viaje al Parnaso: Poetas contemporáneos”. Ma-

drid, Imprenta de la plaza de la Armería, 3, 1879: "Don Ramón de Campoamor" (páginas 39 a 66).

(33) Vid. Rafael Pombo: "El Drama Universal", en *El Mundo Nuevo*, tomo I. Nueva York, 10 de abril de 1872 (pág. 274).

(34) Vid. Cayetano de Alvear: "La leyenda del Licenciado Torralba y el nuevo poema de Campoamor", en *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 1887. Suplemento al núm. XLVII, año XXI. Tomo II, 22 de diciembre (págs. 386 a 391).

(35) En el artículo inicial, "La poesía, desdeñada por la ciencia" (ver nota 38. Lo citado, en pág. 30 [39 del libro]).

(36) "Poética", en *Obras Completas*, edición citada desde la nota 8: "La naturalidad es una hombría de bien literaria" (tomo III, pág. 365).

(37) "Folletos Literarios, VII, *Museum* (Mi revista)", citado, pág. 50.

(38) Esta polémica puede seguirse hoy en libro: "La Metafísica y la poesía. Polémica, por D. Ramón de Campoamor y D. Juan Valera", publicado por este último con pocas modificaciones (Madrid, Sáenz de Jubera, Hermanos, editores, 1891). Su origen fué el siguiente:

El 15 de diciembre de 1888 aparece el quincenal *El Ateneo. Revista científica, literaria y artística*, redactado en la docta casa bajo un comité consultivo que presidía Cristino Martos, y del que formaba parte Valera. El prospecto de la revista afirmaba así: "Se insertará toda producción referente a cualquier rama de la ciencia, sin desdeñar la poesía".

El 15 de enero de 1889 publica Campoamor en *La Ilustración Española y Americana* (año XXXIII, núm. 2 de este año) un artículo titulado "La poesía, desdeñada por la ciencia" (págs. 27 a 30), en que, con estilo cuajado de chascarrillos, según teorizaba el autor, sale en defensa de sus aficiones.

El 15 de marzo contesta Valera, asumiendo, en nombre del comité consultivo, la responsabilidad de lo que afirmaron (*El Ateneo*, núm. 7, págs. 467 a 472).

Replica Campoamor en *La España Moderna. Revista Ibero-Americana*. Director-proprietario: J. Lázaro. Año I, núm. 5, mayo de 1889 (este mensual duró hasta diciembre de 1914. Año 26, núm. 312). El alegato se titulaba: "La poesía, desdeñada por la ciencia y por la prosa" (págs. 69 a 83). En tal nota, llena de ingenio por demás, las sutilezas van aproximándose al discreto mundano: "...El señor Valera, a quien, como a una amiga suya y mía, se conoce que ya sólo le divierte lo que es pecado mortal..." (pág. 69 [70 del libro]). Tantos malabarismos llevaban a error, y así, se ve precisado a rectificar donde había escrito que "la prosa no es arte" (mismas páginas).

Por la desaparición de *El Ateneo* (llegó tan sólo al núm. 12, 1 de junio de 1889), contesta Valera también en *La España Moderna*, que cobijará ya hasta el final la discusión: "Sobre lo inútil de la metafísica y la poesía" (año II, núm. 13, enero de 1890. Páginas 129 a 152).

"La metafísica y la poesía, ante la ciencia moderna", es la réplica de Campoamor (año II, núm. 19, julio de 1890. Págs. 133 a 145. Y núm. 20, agosto de 1890. Páginas 155 a 165). Se afirma ahí que "el verso es un arte, y la prosa un oficio" (página 140 [147 del libro]).

Valera termina el amable discutir: "La metafísica y la poesía. Última réplica a Campoamor" (año II, núm. 23, noviembre de 1890. Págs. 103 a 132).

Los dos reductos que Valera y Campoamor defendían, claramente deducidos por los títulos, discrepaban entre sí tan sólo a fuerza de vigilarse ambos escritores. Ello motivó la burla apaciguadora de *Clarín*, quien ya había afirmado públicamente que aquellos hombres "tan listos, parecían tontos": "...Dichos poetas no se deciden jamás a prescindir de su ingenio cuando escriben". "Ensayos y revistas", citado en la nota 3 (pág. 160). También se hizo eco de tal actualidad la Pardo Bazán: "Nuevo Teatro Crítico". Año I, núm. 2, febrero de 1891. Madrid, La España Editorial: "Una polémica entre Valera y Campoamor" (págs. 31 a 53).

(39) Existió siempre entre Campoamor y Valera una mutua incompreensión desdeñosa; normal, teniendo en cuenta los credos estéticos respectivos. Por eso extraña la apreciación de Piñeyro en su buen estudio citado: "...el mejor de sus abogados, D. Juan Va-

lera..." (págs. 261 y 262). Cuando Campoamor fué acusado de plagio —ver la nota 15—, Valera le defendió, como advertí, de manera sinuosa, poco menos que contraproducente. Y, en cambio, en diferentes ocasiones patentiza su incapacidad para la valoración del poeta de "El Licenciado Torralba", ante quien siente instintivo desdén. Cuando Menéndez y Pelayo va a opositar a la Cátedra de Literatura de la Central, háblase de que presida el tribunal que ha de juzgarle D. Juan Valera. Su amigo D. Marcelino le insta —en carta no conservada— a que acepte, pues el designado quiere renunciar para irse a Biarritz y a París, a ver la Exposición... Escribe al opositor tales excusas; pero: "...el que nombren a Campoamor, que es un bárbaro extravagante, y además amigo y enamorado de Sánchez Moguel, me excita también a aceptar si me nombran, aunque ya he dicho que no quiero..." "...Aceptaré el cargo, si es posible arreglar que las oposiciones empiecen en noviembre, y si Campoamor y otros así, poco amigos de usted, son nombrados del tribunal". Véase: "Epistolario de Valera y Menéndez y Pelayo", editado por Miguel Artigas y Pedro Sáinz Rodríguez. Madrid, C. I. A. P., 1930 (carta de 14 de julio de 1878, págs. 30 y 31). (A Sánchez Moguel, opositor derrotado en aquella ocasión, efectivamente muy amigo del poeta asturiano, debemos, entre otros trabajos, un "Campoamor en las literaturas extranjeras", publicado en *Revista Contemporánea*, de Madrid (año VI, tomo XXVII, mayo-junio de 1880. Págs. 181 a 188).

Por último, el discurso contestación de Valera en la ya citada recepción académica de Ortega Munilla (ver nota 28) es terriblemente injusto con el fallecido Campoamor, en quien, sin polémica posible ya, se ceba con sutiles aguijones. Acerca de "El Drama Universal" y "El Licenciado Torralba" considera: "Desdichadamente, recelo yo que me ocurra con los mencionados poemas, así como con los libros filosóficos escritos en prosa por Campoamor, percase parecido al de la mona con la nuez verde. Y digo parecido y no idéntico, porque para gustar la interior sustancia nutritiva no hay cáscara amarga que morder primero, sino tupido envoltorio de chistes, gudezas, paradojas sutiles y desdénosos desenfados, que marean y aturden al par que deleitan, y que nos mueven a exclamar que, aun suponiendo que Campoamor no sea un muy profundo filósofo, es fuerza reconocer que es el más divertido, amable, bondadoso y original de todos los humoristas" (pág. 65). Esa falsa benevolencia, esa candidez con que califica para sí de humorista a Campoamor, ¿nos moverán a suponer —como quería Piñeyro— a Valera "el mejor de sus abogados"?

(40) Parece muy lógica en nuestro poeta la afirmación de que "el arte sólo por el arte es un principio de composición que yo no censuro, aunque no es de mi gusto, profesado por preceptistas de gran mérito" ("Poética", edición citada, pág. 304). Y, sin embargo, arrebatándose incautamente en pruritos de justificación, cuando se le acusó de plagios, llega a afirmar, como de pasada, el viceversa: "Escribía yo en una polémica científica que se ha hecho bastante célebre: *Soy una pobre abeja literaria, que busca alimento en todos los jardines cultivados por la inteligencia humana, y, dando menos importancia de lo que creen algunos a la originalidad, cultivo el arte por el arte, y con el fin de agrandar los límites del imperio de la poesía, a falta de pensamientos propios, tomo los ajenos.*" ("La originalidad y el plagio", ídem, pág. 192.) También el ya mencionado Padre Del Valle Ruiz hizo notar esta actitud paradójica del autor de las doloras, en su trabajo "Al Sr. D. Ramón de Campoamor. Carta literaria" ("La Ciudad de Dios", vol. citado, págs. 401 a 410). Combate cierto artículo que, como colofón a su "Poética", publicó en *La España Moderna* Campoamor —artículo recogido después en aquella obra, como capítulo: "La crítica grande"—, donde se decía: "Los ilustres pensadores Valle Ruiz y Mañé y Flaquer me perdonarán si les digo que... opino que, en cuestiones de arte, el arte es lo principal, y que tiene algo de empirismo el juzgar una obra artística desde un punto de vista de moral restringida" (pág. 377 de la "Poética", en edición citada; páginas 406 a 407 de "La Ciudad de Dios").

Otro ejemplo (*Clarín*: "Folletos literarios, VII, *Museum* (Mi revista)", ya citada): "Antes nos había descrito, y casi definido, la crítica analítica y la sintética según él las entiende, y ahora trata de la crítica satírica, comenzando por suponer que los críticos de esta clase tienen el entendimiento corto y el alma pequeña. Y añade: *Un Hermosilla es capaz de ahogar más genios en embrión, que flores marchita una noche de helada en primavera.* Por muy amigo que yo sea de Campoamor, por mucho que le quiera, admire

y respete, no puedo menos de calificar lo que se acaba de leer de verdadero absurdo. Primeramente, se suponen cosechas de genios que no existen, ni han existido, ni acaso pueden existir; pero lo peor es pensar que el genio pueda dejarse ahogar porque un Hermosilla ponga reparos a la gramática que use. ¿Dónde ha visto el poeta ilustre un solo genio ahogado por un retórico? ¡Valiente genio tendría el pusilánime que se dejara acoquinar porque le corrigieran al vocablo! ¿O es que llama D. Ramón genios embrionarios a esos muchachos que le imitan a él y se le van quejando porque nos burlamos de ellos? Todo esto, tomado en serio, no pasaría de ridículo" (págs. 41 y 42).

Adviértase la contradicción entre estas "cosechas de genios" que satiriza *Clarín* y la restricción exagerada del número de poetas que leemos en varios pasajes de "La metafísica y la poesía".

(41) "Todo lo sublime es breve..." "La poesía no consiste sólo en los buenos versos, sino en los buenos asuntos..." "Sólo el ritmo debe separar el lenguaje del verso del propio de la prosa..." "La naturalidad en el verso..." "La prosa no es arte..." "La poesía da el ser a la prosa..." "La prosa sin ritmo es una jerga..." "Sólo el verso es un lenguaje perfecto..." "Falsedad del lenguaje poético tradicional..." "La naturalidad es una hombría de bien literaria..."

(42) "Algunos críticos, entre otros el ilustrado señor Perojo, me han hecho el honor de encontrar en mí algunas conexiones con el excéntrico Enrique Heine. Efectivamente nos parecemos, según la opinión del señor Perojo, en lo que se pueden parecer dos personas que piensan de una manera *inversa*. Heine, con su sentimiento algo intelectual tiene que realizar fuera lo que piensa dentro; y yo, con mis filosofías, no siempre necesarias, sintetizo en mi cerebro los contrastes que veo fuero. De lo cual resulta que sus sentimientos, algunas veces vagos, indeterminados y caprichosos, parecen a muchas personas formales verdaderos desvanecimientos de cabeza; mientras que yo, imprimiendo a todas mis producciones las condiciones personales de mi carácter, suelo degenerar un poco en maniático." "La originalidad y el plagio" (págs. 202 y 203).

(43) "Campoamor y Núñez de Arce, que nunca se encuentran ni se buscan, son dos reyes solitarios sin súbditos. Los dos aspiraron a fundar escuela, pero a estas horas ya deben de estar convencidos de que estaban criando cuervos o grajos, a juzgar por las canciones de sus discípulos. Al autor de los *Pequeños poemas* no le costó gran trabajo convencerse de que sus imitadores eran unos majaderos. Al principio hasta les daba de comer y les repartía destinos. Le inundaron la casa y hubo que barrerlos. Hoy apenas hay ya *pequeños poetas*." *Clarín*: "Mezclilla (Crítica y Sátira)", citada (pág. 359).

Campoamor, efectivamente, creyó mucho tiempo en su escuela, y le dió estado oficial en sus escritos. Véase también la nota 26.

(44) Última versión, citada, pág. 61.

